



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
Facultad de Psicología

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

**“La joven anoréxica y su vínculo con el Otro materno.
Una perspectiva psicoanalítica”**

Autor/a: Fernandez Ariana

Legajo: F-5154/3

Docente responsable: Valeria Decorte

Año: 2020

ÍNDICE

ÍNDICE	1
Resumen.....	2
INTRODUCCION.....	3
DESARROLLO	4
Necesidad, demanda y deseo	4
El gran Otro materno	5
El deseo anoréxico.....	7
Sexualidad, cuerpo y el Otro	8
CONCLUSION	13
BIBLIOGRAFIA	15

Resumen

La dificultad del sujeto con el alimento se relaciona íntimamente con la dependencia radical del niño con la madre; esta dependencia da pie a diferentes formas de vinculación, siendo la anorexia una de ellas. La confusión de la demanda con la necesidad de parte de la madre implica, para la niña, el borramiento de la dimensión de la falta, del vacío; así como también el temor a la devoración por parte del Otro materno. Esta última aparece como omnipotente y sin faltas, por lo que no queda espacio para que la niña pueda alojarse; esto repercute en la constitución del deseo de la niña que, en la anorexia, se manifiesta como deseo débil. La preponderancia de la anorexia en las mujeres tiene estrecha relación con la sexualidad femenina, el deseo y goce de la mujer, así como también con la sociedad, que marca a la mujer como figura de adorno, como objeto sin deseo ni vida. La anorexia como modo de denunciar el vínculo asfixiante con la madre, el lugar de objeto de la mujer en la sociedad y el deseo como lugar vacío.

Palabras clave: Anorexia. El Otro materno. Madre. Deseo, necesidad y demanda. Sexualidad. Cuerpo.

INTRODUCCION

El presente ensayo “La joven anoréxica y su vínculo con el Otro materno. Una perspectiva psicoanalítica” se realiza a modo de “Trabajo Integrador Final” correspondiente a la carrera de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario. Las ideas que se enlazan en este trabajo son aquellas que me interpelaron en el recorrido de este último tramo de la carrera, ya sea en contenidos teóricos como prácticos, entendiendo este último vinculado directamente con mi futuro desempeño como profesional de la salud mental.

Esto me convocó a repensar cuestiones que nos interpelan día a día, las cuales versan sobre la necesidad, la demanda y fundamentalmente el deseo como eje que atraviesa tanto este trabajo como la vida en la sociedad.

La relevancia que presenta esta temática apunta al supuesto aumento de los casos de anorexia nerviosa, anorexia-bulimia, y la dificultad que presentan para el tratamiento. Se puede reconocer que siempre hubo anorexia en la historia, lo cual se pone en evidencia tanto en figuras religiosas como mitológicas, pero no se reconocía como tal y se le otorgaba un estatus de santidad y fuerza de voluntad. Entonces lo que ocurre es que, hoy en día, este fenómeno no se encuentra más en las sombras, sino que ha dado luz, se puede observar en pasarelas, en la televisión. Por ende, encuentro de fundamental importancia crear este espacio de desarrollo para abrir reflexiones y debates en torno a la constitución de este fenómeno y su posible etiología.

Teniendo en cuenta que el deseo es el eje regulador de la vida, se puede pensar a la Anorexia como un fenómeno transestructural que se refiere fundamentalmente al deseo y su dificultad, en tanto presentifica un deseo débil o una anulación del mismo, lo cual llevaría a pensar la relación tan cercana que tiene con la muerte. Al ser transestructural, la anorexia puede presentarse en cualquier estructura, lo cual supone una gran dificultad.

En torno a esta problemática creo que se articulan ciertas nociones claves en la vida humana, como es el alimento, su necesidad y el inevitable vínculo con una figura materna para libidinizarlo. También se pone de relieve el cuerpo como cuerpo del lenguaje, en tanto lo que el sujeto no puede vehiculizar a través de la palabra, se manifiesta por otro lado, en este caso, a través del cuerpo y su imagen.

¿La anorexia puede ser un síntoma de la hipermodernidad? Entendiendo síntoma como “resultado de”; algunos autores plantean esta posibilidad, en tanto la hipermodernidad se caracteriza por el acceso casi instantáneo de objetos que fomentan la ilusión de “necesarios”, confundiendo lo que es necesario para la vida con aquello que no lo es; recubren los objetos materiales de un “ágalma”, pudiendo ser así objetos a postizos, pero siempre intercambiables, desechables. En esta lógica del consumo masivo de objetos continuamente cambiantes y descartables, no hay lugar para el surgimiento del deseo, en tanto se reconoce como falta, como vacío, ya que siempre se busca tapar ese agujero con un nuevo objeto tecnológico. Aquí podría entrar la anorexia como denunciante abogando por el deseo, por el mantenimiento del vacío.

Ahora bien, me parece importante resaltar que los condicionamientos sociales de la hipermodernidad quizás puedan ejercer algún tipo de efecto en el sujeto, no considero que sean una causa efectiva en el desarrollo de la anorexia. En este mismo lineamiento no hay que olvidar que para el psicoanálisis la causalidad social nunca es una causa efectiva.

DESARROLLO

Necesidad, demanda y deseo

Frente al término anorexia, se tiende a pensar directamente en un cuerpo, en un cuerpo cadavérico, esquelético ¿Qué es lo que sucede en un sujeto para que éste pueda llegar a tal punto de rozar continuamente la muerte? Para pensar al respecto, tomare las concepciones articuladas por el psicoanálisis, tomando tanto a Freud como a Lacan.

Cuando hablamos de cuerpo ¿a qué nos estamos refiriendo? ¿es un pedazo de carne, compuesto por fibras, músculos, huesos y órganos? Prefiero referirme al cuerpo en términos de lenguaje, como atravesado intrínsecamente y continuamente por él. Indefectiblemente estamos atravesados por el universo simbólico, por el significante y todo lo que aquello conlleva. Un sujeto solo es sujeto a partir de que esta hablado por Otro, a esto me refiero cuando considero que el cuerpo es lenguaje y, al serlo, también esta atravesado por deseos, por pulsiones, por lo que es un cuerpo libidinizado.

Resulta importante poner de manifiesto que el sujeto nace en lo simbólico, pero no hay que olvidarnos que éste tiene un carácter fundamentalmente decepcionante. Para entender esto hay que retomar los desarrollos de Lacan en *el Seminario 4 La relación de Objeto* (1956) haciendo hincapié en la necesidad y la demanda.

Somos habitados por el lenguaje, y precedidos por él. De tal forma, el niño nace inmerso en el universo simbólico; pero son los padres quienes van a inmiscuirlo en esta lógica. En un primer momento el niño llora, grita, esto es pura necesidad y, corresponde a la madre, primer Gran Otro, que interprete esto, que le de un sentido, es decir, que lo transforme en demanda. Dicho grito es codificado como un llamado. El hecho de que haya una interpretación ya da la pauta de que hay Otro que efectúa una respuesta e inscribe el grito en el campo del lenguaje, por ende, lo anuda al significante.

Cuando reaparece el llamado y la madre no se encuentra para responder, ésta se transforma en real y el niño pasará a depender de ella para el acceso a los objetos de satisfacción, por lo que estos se transformaran en objetos de don. La madre es quien puede darlos o no, ya no depende de él ni de su voluntad. Estos objetos de don satisfacen una necesidad y también dan cuenta del amor de la madre. Por lo que el niño cuando demanda, demanda dos cosas: algo específico que sacia su necesidad o, una prueba de amor.

Si bien en un primer momento la demanda era de un primer objeto que calme la necesidad (demanda transitiva); luego, lo que ocurre es que hay otra demanda, más inespecífica, que refiere a la prueba de amor y es *nada*. Porque lo que ocurre es que la satisfacción de la necesidad no agota la demanda, siempre hay un resto, algo que no se puede colmar y que se refiere a la demanda de amor. Tomando los términos de Lacan “amar es dar lo que no se tiene” (Lacan, 1966, p. 589), por lo que el niño demanda una nada, un vacío, una falta.

Entre esta demanda de satisfacción y la demanda de amor podríamos ubicar el deseo, que es aquel que le permite al sujeto formular su demanda, pero cada vez mas allá de ella, entendiendo que, al fin y al cabo, toda demanda es siempre demanda de amor. En este punto se reconoce el hecho de que el sujeto pide una cosa, se lo dan y luego pide otra y así incansablemente, porque nunca es eso lo que está demandando, siempre es demanda de otra cosa, porque el deseo mismo es siempre de otra cosa. Es deseo de recuperar aquello irrecuperable, que se perdió al momento de ingresar en el universo simbólico.

Dentro de esta lógica, hay que recordar que la madre está ubicando al niño en el lugar de lo que a ella le falta, es decir el falo. Y el niño hace su mejor esfuerzo para intentar ocupar este lugar. Que el niño reconozca que a la madre le falta algo y que él podría colmarla de alguna manera, es fundamental para hacer caer a la madre de ese lugar de omnipotencia, lo que permitiría ver un vacío, un lugar donde él pueda ubicarse; así se reconoce que la madre no se “autoabastece”, sino que tiene fallas.

Ahora bien, en el caso de la anorexia la cosa es muy distinta. Siguiendo a Massimo Recalcati “*la anoréxica muestra con claridad la heterogeneidad entre la dimensión de la demanda y la del deseo*” (1997, p. 54). La anoréxica tuvo una madre completa que confundió la necesidad con el amor, por lo que la llenó de objetos, de comida; no hubo

interpretación de una demanda más allá de la necesidad. La demanda se cubriría siempre con la necesidad, no dando lugar al desarrollo de una demanda de amor, de deseo, es decir, a la nada.

La restricción del alimento vehiculiza la nada misma, aquella de la cual habla Lacan cuando dice que la anoréxica “no es un no comer, sino un no comer nada” (Lacan, 1956, p. 187), para preservar algo de esa falta que no encontró en el Otro, en la madre, quien aparece como omnipotente, potente y sin agujeros, sin faltas. Esta madre se muestra como madre fálica, que no deja lugar para el niño ni lugar para el deseo, porque no permite al niño alojarse, no le ofrece un lugar de falta donde pueda ingresar.

El Otro materno en lugar de ceder faltas, de ceder aquello que no tiene, colmó al sujeto con cosas, reduciendo al sujeto a un simple objeto contenedor que se puede llenar y vaciar. Frente a la demanda de amor del sujeto, el Otro respondió ofreciendo alimento, respondió en el registro del tener, es decir, frente a una demanda intransitiva se dio una respuesta que correspondía, más bien, a una demanda transitiva. Es en este punto en que la anoréxica demanda el deseo del Otro, porque el Otro nunca lo ofreció, nunca demostró una mella en su potencia.

Si bien es importante satisfacer las necesidades del niño, no todo se reduce a esto. Para que un niño crezca sano, como un sujeto deseante, es fundamental que se lo ame y que la madre desee algo para él; es decir que ofrezca su falta al niño, para que él pueda alojarse en ella.

Me parece importante preguntarme ¿Por qué es el alimento el que vino a ocupar este lugar de vacío necesario? El comer no es solo un acto de necesidad, sino que está articulado simbólicamente, es un acto de lenguaje. Se come por amor a la madre, se come por el Otro y para el Otro; se alimenta con y por amor. Por lo que no se come solo por hambre, sino también para gozar; y no se come solo comida, sino que se come el vacío, se come al Otro. De esta forma pienso que, al estar articulados el alimento y el amor, el hecho de que la anoréxica elija no comer esta anudado al hecho mismo de la madre. Esta última, no supo entregar amor junto con la comida, entonces ahora la anoréxica elige no comer para castigar al Otro, para ver por lo menos algo de falta en el Otro a causa de ella, quiere ver si puede ser una falta para el Otro, se dirige a él.

La anoréxica ubica la comida como un objeto causa, un objeto que provoca su pasión, pero ésta se revela como pasión por el vacío y la necesidad de conservarlo; porque la saturación del mismo podría llevar a la abolición del sujeto, entonces la anoréxica se hace ella misma vacío puro. Al posicionarse conservando el vacío para desear y haciéndose ella misma un vacío, se transformaría en deseo puro, es decir, un deseo ascético, sin castración, inmóvil. A semeja su imagen a un palo, aquel que podría colocar en la boca de la madre devoradora, para evitar así ser devorada por ella.

El gran Otro materno

La relación de la niña con la madre es primitiva, en tanto es una relación que comienza en el útero y, manifiesta ser dependiente de ella para la conservación de la vida. Esta relación Freud la llama “preedípica” (Freud, 1931) y constituye un pilar fundamental en la vida de la niña, la prosecución del Edipo, la asunción de la femineidad y la subjetividad. Es por esto que lo que ocurra en ese período es de vital importancia.

Esta relación comienza muy primitivamente, en el seno materno, en el útero; donde se pone en juego el deseo de la madre, el deseo por ese hijo aún por nacer.

Me parece importante traer la experiencia del estadio del espejo, siendo este fundamental para la constitución imaginaria del yo. El niño, quien todavía no ha desarrollado por completo su sistema nervioso, es todo cuerpo fragmentado, sin coordinación; pero encuentra, al reflejarse en el espejo, una imagen especular que le aporta unidad. Se convierte así, en una Gestalt ideal completa y esto le provoca júbilo. Lo fragmentado y discordante del cuerpo es reconstruido en la imagen, pero para esto es necesario que cuando el niño se mire en el espejo, rote su cabeza hacia el Otro, pidiéndole

una confirmación, un reconocimiento de la imagen; el Otro la da y así, la identidad del niño se organiza en forma anticipada a partir de un dominio imaginario del cuerpo.

Este estadio cumple dos funciones: reconocerse y dominar imaginariamente su cuerpo. La alegría del niño frente a su imagen reflejada es muy importante, porque implica el goce de la imagen. Este goce es de gran importancia en la anorexia, debido a que podemos situar la escena primaria de la anorexia en este estadio.

Esta escena primaria puede dar la pauta de que en el momento en que la niña pide el reconocimiento al Otro, este Otro no ofrece una mirada positiva, sino superyóica y crítica, "destila una mueca" (Recalcati, 1997). El hecho de que el reconocimiento esté plagado de burla y rechazo, hace que algo del cuerpo del sujeto no entre en la especularización, queda por fuera de la imagen como algo rechazado, no admitido por el Otro. Esto no admitido juega un papel importante en el desarrollo de la anorexia, como aquello que la joven busca eliminar de su cuerpo y nunca puede, por más que esté al borde de la muerte siempre hay algo más que eliminar, algo en el espejo que no le gusta, algo que rechaza por extraño.

Esta cuestión no implica que la madre no desee al niño, no lo quiera, sino que la relación de la madre con la niña está plagada de identificaciones. El nacimiento de una niña puede desencadenar en la madre un conflicto con su propia imagen especular, con su castración. Esto puede provocar lo que Lacan llamó "el estrago materno", donde la madre no quiere ver en su hija a una mujer, porque ella encarna la falta y la remite a su propia falta, a su propia división.

En este punto es que el deseo materno puede provocar ciertas "perturbaciones"; además puede suceder que la madre tenga miedo de no ser suficientemente buena, entonces atiborra al niño con alimento para compensar este temor o, por otro lado, puede que no quiera separarse del niño en ningún momento, considerándolo parte de ella misma, una extensión que necesita para vivir.

Siguiendo a Freud, en la conferencia N° 33 La femineidad (1932), habla de la importancia que tiene la relación madre-hija preedípica, sobre la cual se establecen fijaciones duraderas, lo que resulta importante para comprender a la niña. Sobre esta etapa la niña atraviesa las tres fases de la sexualidad, donde la relación con el objeto materno se caracteriza por ser fundamentalmente ambivalente, es decir, plagado de mociones tiernas y mociones hostiles. La superación de esta etapa se logra con el complejo de castración, siempre del lado de la madre; ocurre cuando la niña reconoce que la madre nunca va a poder brindarle el falo que ella quiere, y esto quiebra su relación.

Ahora bien, en torno a la anorexia, se puede pensar que lo que ocurre es que la niña nunca logró deshacerse de esta relación preedípica con la madre. Esto se manifiesta en el hecho de que en las jóvenes anoréxicas se reconoce una relación ambivalente con la madre, sumamente cariñosa pero muy fuerte e incluso hostil. Hay una gran dificultad para la separación de esta pareja, tendiendo a la alienación y a la rivalidad imaginaria. Encarnan lo que se denomina simbiosis, un todo lleno, sin faltas, sin separación, sin espacio entre el sujeto y el Otro.

Madre y joven presentan una relación que podría llamarse "dual", donde no interviene el falo como tercer término, y parecería que la madre lo ha incorporado. Bajo esta premisa es ella quien decide si quiere o no dárselo a la hija en calidad de don, todo bajo el registro del tener. Y, además, esta incorporación aparecería como fundamento de la sexualidad de la madre, de su femineidad. Y es en este punto donde la hija no puede aparecer, porque si ella toma el objeto de don, el objeto fálico que representa la sexualidad de la madre, la destruiría.

Aquí se puede pensar la concordancia del don fálico con la comida, objeto de necesidad y de don, provisto por la madre. El rechazo continuo del alimento es el rechazo de la madre, como un pobre intento de separación de ella para poder constituir algo propio, que no tenga que ver con ella, producto de la alienación entre una y otra; pero esto es un imposible, la anoréxica no puede quedarse vacía, pero lo intenta hasta la muerte.

El hecho de que la niña aparezca como objeto de goce de este Otro materno implica que, a través del rechazo de la comida, del Otro, se hace un intento de salir de esta posición. Al ocupar este lugar de objeto, la niña corre peligro de ser devorada

continuamente por la madre, que no deja espacio para su deseo y menos para su subjetividad; de esta forma realiza este rodeo para escapar, a partir de comer nada. Hay que recordar que otra forma de escapar a esto es la fobia, pero si no se efectúa algo para salir de ese lugar, se quedará atrapado en esa posición, con el peligro de devenir en psicosis.

Esta madre no da el don de amor, sino que da comida, objetos, y atiborra al bebe con esto, “confunde los cuidados con el don de amor” (Lacan, 1966, p. 598). La madre aparece como completa, sin faltas y esto es lo determinante, es una madre fálica, sin castrar, que podría dar el falo si quisiese. Que ella no dé el don de amor, no implica que no haya querido dar amor, sino que lo dio en la forma equivocada, no lo dio como una falta sino en la misma lógica que la comida: como aquello que se tiene. Y es en este punto que la anoréxica reclama, pide a gritos el deseo del Otro, necesita que el Otro le dé algo suyo, reclama esa falta que no encontró ahí donde debería estar.

La existencia de este Otro materno invasivo perdura debido a la débil inscripción de la metáfora paterna. Recordemos que “la función del padre en el complejo de Edipo es la de ser un significante que sustituye al primer significante introducido en la simbolización, el significante materno” (Lacan, 1999; p.179) entonces, su función en la metáfora es sustituir el significante del Deseo de la Madre por el del Nombre del Padre, operador de la castración y limitador del goce, por lo que orienta el deseo de la madre lejos del niño, operando así un límite que impide que la madre devore a su hijo. En la anorexia esto ocurre tan débilmente que no alcanza para detener a la madre cocodrilo, por lo que la joven transforma su propio cuerpo en la barra que encarna la función paterna para no quedar fagocitada por el Otro.

Es común encontrar en la novela familiar de las anoréxicas madres intrusivas, carentes de afectividad, y padres débiles, temerosos, incapaces de sostener la Ley. Pero no hay que olvidar que el Nombre del Padre es habilitado por la madre, quien lo introduce a través de las palabras. Entonces la joven anoréxica realiza maniobras para separarse y escapar de la devoración, pero sabe que no puede salir nunca de la boca del cocodrilo, por lo que se transforma en ese palo que detiene el cierre de la boca; pero a condición de no salir nunca de ahí, porque se siente nada sin el Otro. De acuerdo a esto, ella no comerá para no ser comida, si come deja de ser el palo que detiene la boca de esa madre devoradora y, a su vez, deja de encarnar la función paterna.

Este déficit de la Ley paterna es suplido por la anorexia, y ella lo cumple narcisísticamente a través de su imagen Ideal. Para la joven, su pareja es su propia imagen idealizada y todo su mundo se reduce a esa superficie plana y ascética del espejo. Su meta es lograr ser idéntica a su imagen ideal, lo cual es imposible, pero ella se empeña en coincidir con este imposible. Es por esto que la experiencia del espejo es algo tan importante para comprender la lógica de la anorexia.

El deseo anoréxico

El término “anorexia” proviene del griego *anorexis*, que hace referencia a la inapetencia o a la falta de deseo. Esta etimología resulta interesante, ya que pone de manifiesto la falta de deseo, lo cual resulta algo contradictorio teniendo en cuenta que la anoréxica rechaza el alimento para mantener el deseo. Dentro de la lógica necesidad-demanda-deseo, lo que ocurre con el deseo es que cuando la demanda es satisfecha a través de objetos de necesidad, se anula al sujeto, porque se obtura permanentemente el vacío. Por lo que el rechazo del alimento es un intento del sujeto de restaurar el lugar del vacío, pero llevado al plano de su cuerpo, de su estómago. De esta forma “la falta simbólica es degradada a vacío real, sobre el cual se puede operar con maniobras de vaciado y llenado” (Sobral, 2011). Al no comer, se podría decir que se moviliza algo del deseo, al hacer un hueco, un espacio para la nada misma. Es por esta razón que Lacan habla sobre la anorexia en términos de “comer nada” (Lacan, 1956), porque es justamente esto lo que realiza. Ubica esa nada como la falta estructural necesaria para desear, para constituirse como un sujeto deseante.

Entonces ¿porque *anorexis* se refiere a la falta de deseo? Lacan se refiere al deseo en la anorexia como “deseo de larva” (Lacan, 1938); la larva es la etapa previa a un insecto adulto, podríamos asemejarlo entonces al estado adolescente de los humanos. Pero la diferencia radica en que la larva es una etapa inmóvil, de descanso “eterno” hasta que se esté preparado para la metamorfosis adulta. Resulta curiosa la equivalencia que hay con la adolescencia, en el punto en que es la etapa previa a la adultez, y se será adolescente psíquicamente hasta estar preparado para pasar a la siguiente etapa.

Ahora bien, en relación a la anorexia, el deseo larval podría apuntar al estancamiento del mismo, a la inmovilidad. Y teniendo en cuenta la alta dependencia de la joven anoréxica al Otro materno, podemos asemejarla con la larva en su estado de parásito, que absorbe y es absorbido. La anoréxica como ya he desarrollado, se identifica con el vacío, se hace ella misma vacío puro para dar lugar de cierta forma al deseo. Al hacerse ella misma vacío, se transforma en este deseo puro, ascético, inmóvil, que es el deseo de la larva, sin movimiento y sin vida.

Para ingresar en la lógica del deseo tiene que haber una pérdida, sin pérdida no hay deseo. Es algo fundamental. Y aquello que se pierde, no se recupera nunca. Pero el sujeto todo el tiempo va a intentar recuperarlo; se lo pide al Otro, pero este no se lo puede dar, porque el objeto en cuestión es siempre nada, es siempre un vacío que se intenta llenar con diferentes objetos, que nunca son adecuados. Es por esto que la anorexia evidencia que el deseo humano es siempre deseo de nada, pero en ella el deseo se manifiesta como débil porque, aunque se haga ella misma vacío, no puede asumir el deseo en cuanto tal. Y por esto es un empobrecimiento progresivo del deseo.

Esta es la contradicción anoréxica, la lucha incansable a causa del deseo, y el abandono del deseo a costa del puro goce de la pulsión de muerte, orientado por la compulsión a la repetición. El goce tiende a excluir al Otro, es autoerótico, todo gira en torno al cuerpo, pero sin implicar al Otro, excluye la dimensión de la falta. La joven anoréxica necesita el dominio de su cuerpo, de lo que entra y de lo que sale (teniendo en cuenta que la anorexia y la bulimia son dos caras de la misma moneda), ejercitando el dominio de su voluntad para no comer, haciendo que esto se transforme en un goce pulsional.

No comer se transforma en un goce pulsional, porque biológicamente no hacerlo es eufórico, la joven no siente hambre, no se siente cansada (al principio), se siente enérgica para hacer actividad física, no cree necesitar comer para nada.

Sexualidad, cuerpo y el Otro

Es importante resaltar el hecho de que la anorexia, en la mayoría de los casos, aparece en el período de la pubertad ¿Por qué ocurre en este período y no en otro?

Es sabido que la etapa de la pubertad representa un desafío para toda adolescente, porque es donde aparecen nuevas manifestaciones corporales como son el crecimiento de los pechos, el aumento de hormonas, la menstruación, el ensanchamiento de las caderas, entre otros. Estos hechos surgen como preparación de un cuerpo capaz de reproducción, de un cuerpo con apetito sexual, es decir, la niña se encuentra en la pubertad con el apetito sexual, con el enigma del deseo del Otro y con el interrogante ¿qué es ser una mujer? Por ende, se produce un pasaje de niña a mujer, mujer capaz de engendrar vida, capaz de ser madre, englobando todas las complicaciones en torno a la femineidad, pero sin que ese cuerpo haya sido aceptado como cuerpo sexuado.

Recalcati resalta que “*la anorexia es una posición del sujeto estructuralmente afín a la femineidad*” (1997, p. 134), es decir, la anorexia es, en su mayoría, afín a las mujeres. Y recordemos que Freud ya resaltaba el vínculo profundo de la niña con la madre, con el Otro materno; a la relación amorosa con el padre, eje del Edipo, se ubica anteriormente una fijación originaria con la madre, a tal punto que la función de la metáfora paterna no puede borrar la huella indeleble que deja el Otro materno sobre el sujeto. La madre, al ser la fijación “precoz” de la niña, es principal en el desarrollo sexual de ella. Pero la niña debe

efectuar cambios en el camino de su sexualidad, un cambio de zona (clítoris a vagina) y de objeto (madre al padre).

Ahora bien, también se produce un cambio de posición del sujeto; cuando se es un niño estamos ante un tiempo de alienación significativa del sujeto, donde se es un objeto para el Otro; mientras que en la adolescencia se va a efectuar una separación del Otro materno, donde el sujeto va a intentar constituir su propia imagen, su vida como separada del Otro.

En este intento de separación se visualiza la relación ambivalente con la madre, un amor-odio, donde ella es todo y nada a la vez.

Se resalta la importancia del Otro materno para el sujeto, tanto a los comienzos de la vida, como en el desarrollo psicosexual. Y es en función de esto que en lo femenino sucede la anorexia, porque es un fiel reflejo del vínculo devastador con la madre, que Lacan ha llamado "el estrago materno" y que se encuentra al límite de la devoración completa, al ser imposible la separación que debía efectuarse en la adolescencia. La anorexia podría vivenciarse como un cuerpo-escenario de dicho estrago como respuesta ante un padre débil y ausente que no puede efectuar el corte necesario.

Ante esta imposibilidad de separación del Otro materno, la joven antepone la nada como elemento separador; de ahora en más no quiere saber nada del Otro, de sus demandas, de su comida, signo de amor por excelencia. Y, por ende, traslada esto al cuerpo propio, que es cuerpo del Otro, donde la presencia del Otro está inscrita.

Entonces, ¿Qué sucede con la sexualidad en la anorexia? Lo primero que se puede observar es el arduo intento de la joven, en aras de buscar su ideal de cuerpo perfecto, de borrar todas sus formas, principalmente las sexuales, todas aquellas que son propias de la femineidad; incluso cuando están cerca de la muerte siempre hay algo de más en su cuerpo, algo que sobresale y hay que eliminar, como las rodillas, la cadera. Esto se encuentra en concordancia con la escena primaria de la anorexia, correspondiente al estadio del espejo y el rechazo del Otro frente a su imagen.

En la adolescencia, el sujeto intenta gobernar a través de la imagen la transformación puberal de su cuerpo. De esta forma intenta gobernar a través de lo imaginario, lo real. En la anorexia esto se da al máximo, siendo que el espejo siempre le devuelve una imagen monstruosa, porque nunca está en concordancia con la imagen ideal del cuerpo perfecto, imagen imposible. Así, la anorexia le ofrece al sujeto una identificación con esa imagen ideal, resguardándola de la división, es decir, de la castración; porque es una imagen sin sexo.

Sabemos que la sexuación es un proceso, un camino a llegar. Lacan plantea que no hay una diferencia sexual (Lacan, 1972), sino que hay una diferencia de goces; es diferente la forma en la que el hombre o la mujer se relacionan con el falo y, es en función de eso que se es hombre o mujer. En tanto ambos son solo significantes, hay algo en ellos que es irreductible al significante, por eso va a decir que hay goces distintos, el goce fálico y el Otro goce. Y además va a plantear dos lados, el lado todo y el lado no-todo como modos de posicionarse en relación a la función fálica.

Todo ser hablante puede ubicarse de un lado o del otro más allá del sexo biológico. En el lado todo la castración actúa como ley universal, aquí se reconoce el goce fálico como correspondiente al órgano sexual masculino. Es un goce que se encuentra limitado ahí, fuera del cuerpo, es significativo y por ende se puede poner en palabras. Por otro lado, el lado no-todo implica que la mujer no está toda del lado de lo fálico, es decir, se relaciona con él, pero también se relaciona con algo más porque lo fálico no la representa, en tanto a ella no le falta nada. El goce de la mujer es algo de lo que no se puede dar cuenta, es algo infinito, no localizable, irreductible al significante; Lacan lo nombra como "el Otro goce" (Lacan, 1972), va más allá de goce fálico. En este punto hay que reconocer que la mujer se relaciona con lo fálico para interesarse en el problema del deseo y para significar algo de su goce. Pero, por otro lado, como lo fálico no la representa se relaciona con un lugar de ausencia de representación: el significante que al Otro le falta. Lacan, en función de esto dice que no hay La mujer (Lacan, 1972) porque no hay un significante que la

represente en su goce, porque el significante siempre remite a lo fálico; ella apunta a un goce Otro, más allá del falo.

Hay que aclarar que, si bien la anorexia predomina en las mujeres, puede aparecer en los hombres, aunque no es algo común. Cuando esto sucede hay que recordar que masculino o femenino no dependen de anatomía, sino del lugar que ocupan en la estructura, de la posición en la que se ubiquen en torno al falo.

Ahora bien, tomar una posición femenina en torno a la sexualidad no es fácil, porque el acceso al goce en la mujer está unido al ubicarse como objeto que causa el deseo del Otro; posición incómoda. En este punto, me parece pertinente traer lo que plantea Lacan en el seminario 10 (1963) en *La mujer más verdadera y más real*: aquí ubica que el objeto fálico solo interviene en la mujer en un segundo lugar, y en la medida en que desempeña un papel en el deseo del Otro. En el hombre, en cambio, el objeto fálico es la condición para que pueda desear y de esto depende su goce. La mujer se reconoce siendo el objeto de deseo del Otro, por lo que ser objeto es el precio que tiene que pagar para poder poner en juego su deseo.

La joven anoréxica no puede ubicarse en esta posición, ya que nunca estuvo ahí, es lo que demanda rechazando la comida. Pero paradójicamente, pide la falta en el Otro, pero tampoco quiere saber nada de eso. Ella se resguarda de ubicarse como objeto de goce del Otro, por temor a quedar atrapada en esa posición asfixiante, recordándole esa relación madre-hija demandante y simbiótica.

Ella demanda la falta en el Otro, demanda amor del Otro, que ella pueda ser algo que falte para el Otro, que pueda ser eso que causa algo del deseo del Otro y lo demanda rechazando la comida. Se puede pensar un paralelo entre el rechazo de la comida y el rechazo de relación sexual, como modo de preservarse en el registro de ser y no colocarse en el lado del tener. Ella, con su cuerpo flaco, delgado, hace una operación perversa, hace aparecer ahí el falo ausente en el Otro; ella es el falo.

La relación de la mujer, no-todo del lado del falo, implica que ella puede tener relación con el falo, ya que es necesario para dar cuenta de algo de su deseo; pero además tiene relación con el significante que al Otro le falta, con un más allá del falo, con algo que se sitúa fuera del significante y Lacan asemeja a la experiencia de las místicas. La anoréxica se aventura parcialmente en estas cuestiones, ya que ella, principalmente, rechaza la castración, lo cual es un eje importante para situar las posiciones sexuadas de los sujetos. Por ende, se la suele situar fuera del sexo, pero estar fuera es estar de alguna manera, estar ¿unisex?

Ahora bien, surgen interrogantes en torno a esto: el más allá del falo Lacan lo asemeja a la experiencia de las místicas, pero en algún punto la anoréxica puede ubicarse ahí también. Teniendo en cuenta las abundantes comparaciones que surgen entre la anorexia y varias figuras religiosas de ayuno prolongado, fuerza de voluntad, ascetismo y pulcritud; entonces, ¿podría haber una figura de santa anoréxica? En este caso, la relación en torno al más allá del falo quizás se pueda pensar en relación al cuerpo, del cual la anoréxica goza eternamente: el no comer, admiración de huesos, flagelaciones para no quebrantar la voluntad, entre otras cosas. Aunque también puede pensarse en un régimen obsesivo del tener, de tener el falo, cuidarlo, “sacarle lustre”.

Este cuerpo delgado, que intenta por todos los medios desaparecer, es decir, transformarse en un no-cuerpo, en ser incorpóreo (como un espíritu), ajeno a la diferencia sexual parecería, al ser dejado en este estado de desnutrición, reflejar un vaciamiento del goce, pero, al contrario, se evidencia un puro goce con respecto al cuerpo. Podría pensarse en un goce más allá del principio del placer, mortífero.

Pensar el cuerpo de la anoréxica como fuera-del-sexo habilita a considerar que la anorexia puede aparecer como una respuesta fácil para la adolescente frente a la pregunta ¿Qué es ser una mujer? ante esto ella elige no responder, quedándose por fuera, indiferente e incluso, rechaza la castración, porque posicionarse frente a ella de una u otra forma da pie a una posición sexuada; entonces ella la rechaza, evita la división. En este punto también se pueden pensar las conductas fóbicas en torno a la comida, ya que sabemos por Freud, que la fobia es la respuesta que viene en lugar de un padre ausente, algo que

evite ser devorado por la madre; esto permite pensar los rasgos en común que puede haber entre la anorexia y la fobia.

Pero no hay que olvidar que la madre además de serlo, también es una mujer y por ende también se pone en juego su sexualidad. Pero esto incluye la dificultad de la madre de separarse de ese papel y tomar posición como mujer, pero para hacer esto la madre tiene que aceptar nuevamente la castración, el reconocer que el hijo no es lo que "le falta", no es el falo. En el caso de la madre de la joven anoréxica, la hija encarna el no-todo y la reenvía a su propia castración, debido a la relación simbiótica en la que se encuentran; entonces no transmite la falta a la hija ni la quiere ver como una mujer, porque eso es enviarse ella misma a la castración. La anorexia es una manifestación clínica del estrago materno, pero, tomando lo que plantea Lacan en *El Seminario 17: El reverso del psicoanálisis* (1969):

El papel de la madre es el deseo de la madre. Esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre. (1969, p. 118)

Entonces se trata, más bien, de qué hacer ante este deseo arrasador y asfixiante, y también de qué tan sólida es la función paterna. Si esta última es muy débil puede acarrear ese peligro de ser devorado, entonces depende de qué rodeo pueda realizar el sujeto para salir de ahí, ya sea con la fobia, la anorexia, o de lo contrario, el sujeto quedará atrapado ahí, como ocurre en las psicosis.

Otra cuestión importante a resaltar es que Recalcati plantea que, en la anorexia "el sujeto está vinculado "holofráscicamente" con el Otro. (1997, p. 178) Esto significa que hay un defecto en la separación del sujeto con el Otro, por lo que el sujeto intenta hacer Uno con el Otro, lo cual es imposible, es intentar hacer existir la relación sexual. Al hacer esto, intenta sustraerse de la división subjetiva, lo que conllevaría a un borramiento del sujeto. Así, en la anorexia hay algo que no se mueve, que queda sin simbolizar.

Me parece importante otra cuestión que plantea este autor: "el sujeto es anoréxico" (1997, p. 192). No dice "tiene" anorexia, sino que "es", incluye un registro del ser, de lo real; lo cual me resulta interesante porque remite a una cuestión identitaria, el sujeto o no-sujeto, se identifica con la imagen anoréxica. Creo que es en función de esto que se retoma la cuestión de insignia, como identidad entre signo e imagen. Teniendo en cuenta que la anoréxica tiene una imagen ideal que apunta todo el tiempo a alcanzar, la coincidencia entre esta imagen y el signo en el cual ella se puede transformar a partir de la holofrase, del congelamiento de la cadena significante, nos permite ver que apunta a autoidentificarse, representarse a si mismo y no remitir a ningún otro significante; lo cual implica que se vuelve inanalizable.

El hecho de que se considere el registro del ser, donde el sujeto es anoréxico, tiende a que la anorexia no sea un síntoma para el sujeto, entendiendo al síntoma como metáfora de verdad reprimida, sino que se eleva a este fenómeno a la calidad de identificación idealizante y de ese lugar no se mueve.

Creo que es por esto que hay tantas dificultades en torno al tratamiento psicoanalítico de la anorexia, porque si no hay un sujeto, no puede haber análisis; y esto representa un gran desafío.

Pero tampoco hay que olvidar que el cuerpo anoréxico, es un cuerpo en peligro de muerte, por lo que requiere una atención rápida y no puede esperar a los tiempos del análisis; por lo cual se apela principalmente al ámbito médico.

En torno al tratamiento psicoanalítico, las dificultades que se presentan en torno a la anorexia se deben principalmente al fenómeno holofráscico, el cual demuestra la desubjetivación y la identificación "monolítica" (Recalcati, 1997) del sujeto a la anorexia. En función de esto, me resulta interesante el hecho de que la anorexia no hace síntoma en el sujeto, es decir, el malestar no concierne a él, sino al Otro, a los padres; ya que él se encuentra completamente identificado a la anorexia. Entonces en cuanto a un posible tratamiento, se hace evidente que el que demanda no parte de quien tiene el síntoma, sino

que demanda el Otro, y quien tiene el síntoma no demanda nada (el sujeto anoréxico). Por lo que el esfuerzo para el posible tratamiento debe centrarse en producir una demanda, pero realmente una demanda subjetivada, sin la voluntad del Otro de por medio. Pero igualmente esto resulta complicado, porque muchas veces cuando existe una demanda es una demanda de auxilio y no de análisis.

Entonces, se presenta como fundamental poder producir una subjetivación del discurso del sujeto anoréxico; para esto es importante vaciar el lugar del Otro del saber, salir de ese lugar, porque aportar respuestas al sujeto no produce sino un refuerzo de la anorexia, al no dejar un espacio de vacío. Nuestra posición debe ubicarse del lado de la escucha, dejando de lado el saber, dando lugar al sujeto para que él se ponga en la posición de ser quien trabaja, es decir, de ser un sujeto analizante.

CONCLUSION

Se han abordado las diferentes dificultades que se presentan en la anorexia, tomando como punto de partida la relación fundamental y preedípica con la madre. Siendo que éstas están sostenidas desde el Otro materno, que no deja un espacio vacío para que la hija venga a ese lugar, para alojarla; la anoréxica demanda este vacío a partir de representarlo en su propio cuerpo, en el vacío de su estómago.

Es este Otro que no supo diferenciar entre necesidad, demanda y deseo, dando objetos en lugar de faltas, llenando ese cuerpo como si fuera una bolsa, un pedazo de carne; olvidando así la dimensión tan importante como es la del deseo.

Las dificultades de la hija con lo femenino están sostenidas tanto desde el lugar del Otro materno, que no transmite la falta ni quiere ver en su hija a una mujer (estrango materno), como desde el lado del Otro social, que empuja a la satisfacción más narcisística y al desconocimiento del deseo.

En este punto, me parece importante abrir debate en torno a las problemáticas del estrango materno: ¿qué sucede en la relación madre-hija sin el estrango? ¿hay alguna posibilidad de que esto no exista?

Esta relación primordial con la madre también se refleja en las demandas del Otro social, que empuja a la mujer al desconocimiento de su deseo. La sociedad le demanda ser incondicional con el hombre, en tanto él depende de ella, y para esto se le exige la eliminación de su deseo y de su vida. En este punto se enlaza la relación preedípica, siendo que la madre le demanda a la hija una relación de incondicionalidad con ella, de incondicionalidad sin límites, succionándole la vida, devorándola, sin alguien (padre) que le ponga un freno. Siendo que el deseo materno es por esencia devorador e insoportable, se hace indispensable la presencia de alguien que venga a poner un freno, una barra al deseo de la madre, y esta es la función paterna; ésta en la anorexia aparece muy débilmente.

Entonces, a anorexia se presenta como una respuesta defensiva frente al intento de devoración del Otro materno. Ella evidencia que esta incondicionalidad no es un signo de amor sino de odio, de exigencia de muerte del deseo. Ante cualquier demostración de vida, es decir, de sexualidad, se presentan estrategias para abatirlas, aunque la madre se escude con "tener las mejores intenciones". Así, se presentan en muchos casos, madres que rechazan el cuerpo sexualizado de su hija, ya que este le remite a su propia castración, a su propia falta. Esta cuestión puede enlazarse con el hecho de presentarse como Otro devastador en la experiencia del espejo de la niña, con una mirada crítica y rechazadora. La niña, que necesita reconocerse en esa imagen le pide al Otro el reconocimiento, pero allí solo encuentra que algo en esa imagen de ella está mal y eso es rechazado.

Este hecho seguirá con ella de por vida, y se refleja en la anorexia, siendo que siempre hay algo que se ve en el espejo que está de más. Por más que la joven esté al borde de la muerte, siendo un esqueleto, siempre habrá algo de más en ese cuerpo, algo imposible de borrar. Desde aquí pienso que se pone de manifiesto el hecho de que el cuerpo, donde tiene lugar la anorexia, es el escenario de aquello imposible de decir y así el psicoanálisis no deja de mostrar la incidencia que tiene el inconsciente sobre el cuerpo.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, resulta importante resaltar que no se trata de culpabilizar a la madre, sino de abrir un espacio de pregunta en torno al deseo de la madre y sus estragos; considero, además, que no se trata de echar culpas a nadie, ya que se trata de posiciones inconscientes que desempeñan los sujetos en cuestión.

En torno al tratamiento posible de la anorexia, ésta aparece como un fenómeno difícil de abordar. Esto se reconoce por la identificación monolítica del sujeto a la anorexia, producto del vínculo holofrásico del sujeto con el Otro, es decir, por el defecto de separación entre ambos. Entonces, esta cuestión implica un borramiento del sujeto, una desobjetivación, por ende, esto implica algo inanalizable, ya que si no hay sujeto no hay análisis posible.

Por lo anteriormente dicho, no hay demanda de análisis; en el caso que haya una, no es de la anoréxica, sino de los padres, es decir, demanda quien no tiene síntoma, y quien lo tiene no lo reconoce como tal, por ende, no demanda nada.

Esto conlleva a que, en la mayoría de los casos, las jóvenes anoréxicas sean llevadas a tratamiento por los padres, entonces el desafío se encuentra en poder generar una demanda subjetivada sin la voluntad del Otro de por medio. Además, esta demanda debe ser una demanda de análisis, ya que puede presentarse también una demanda de auxilio correspondiente a la urgencia en la que se encuentra en cuerpo de la anoréxica.

En conclusión, nuestra práctica debe orientarse a producir la subjetivación del discurso de la anoréxica, para que, de esta forma, pueda producirse algo de la demanda de análisis. Para esto es importante vaciar el Otro del saber, salir de ese lugar, porque si saturamos al sujeto de respuestas estaríamos respondiendo a la demanda, ahogando nuevamente al sujeto, tapando el vacío necesario para poner en marcha el deseo. De esta forma, saliendo de ese lugar del saber, ubicamos al sujeto en el lugar donde es él quien tiene que ponerse a trabajar, es él quien debe buscar aquello que le concierne, es decir, se debe ubicar como sujeto analizante.

BIBLIOGRAFIA

- Cibeira, Alicia (2008) *Consideraciones sobre la anorexia desde el psicoanálisis*. Universidad de Buenos Aires. Facultad de psicología. Recuperado de: http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/obligatorias/055_adolescencia1/material/archivo/consideraciones_anorexia.pdf
- Cosenza, Doménico (2013) "La anorexia en la última enseñanza de Lacan". *Virtualia. Revista Digital de la EOL*. Recuperado de: <http://www.revistavirtualia.com/articulos/217/estudios/la-anorexia-en-la-ultima-ensenanza-de-lacan>
- Freud, Sigmund (1931) "Sobre la sexualidad femenina". En: *Obras completas*. Volumen XXI. Buenos Aires. Amorrortu
- Freud, Sigmund (1932). "Conferencia n°33: la femineidad". En: *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. Volumen XXII. Buenos Aires. Amorrortu.
- Gómez, Gloria Elena (2003) "Clínica del objeto: la anorexia". *Desde el jardín de Freud* (3). Recuperado de: <https://revistas.unal.edu.com/index.php/jardin/article/view/8277>
- Lacan, Jaques (1938) "Los complejos familiares". En: *La Familia*. Buenos Aires. Ed. Agronauta
- Lacan, Jaques (1955) *El seminario, libro 3: Las psicosis*. Buenos Aires. Paidós.
- Lacan, Jaques (1956) *El Seminario, libro 4: La relación de objeto*. Buenos Aires. Paidós.
- Lacan, Jaques (1957) *El Seminario, libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires. Paidós
- Lacan, Jaques (1962) "La mujer más verdadera y más real". En: *El Seminario, libro 10: La angustia*. Buenos Aires. Paidós.
- Lacan, Jaques (1966) "El estadio del espejo como formador de la función del yo (je)". En: *Escritos I*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Lacan, Jaques (1966) "La dirección de la cura y los principios de su poder". En: *Escritos II*. Buenos Aires. Siglo XXI
- Lacan, Jaques (1969) "Edipo, moisés y el padre de la horda". En: *El Seminario, libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires. Paidós.
- Lacan, Jaques (1972) *El seminario, libro 20: Aún*. Buenos Aires. Paidós.
- López Herrera, Luis Salvador (1999) *Anorexia: comer nada. Una perspectiva psicoanalítica*.
- Melman, Lacôte, Sainte Fare Garnot, Czermak, Salama (1993) *La oralidad. Seminario*. Rosario. Ed. Homosapiens.
- Pereña García, Francisco (2007) "Cuerpo y subjetividad: acerca de la anorexia". *Revista Española de Salud Pública*, N° 81, vol. 5. Recuperado de: http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1135-57272007000500009&Ing=es&tIng=es
- Recalcati, Massimo (1997) *La última cena: anorexia y bulimia*. Buenos Aires. Ed. del Cifrado.
- Rimbault, Ginette (1985). "Sin hambre, sin amor y sin tregua". En: *El psicoanálisis y las fronteras de la medicina: clínica de lo real*. Barcelona. Ed. Ariel
- Sobral, Graciela (2011) *Madres, anorexia y feminidad*. Madrid. Ediciones del Seminario, Colección Filigrana.